



res décadas de pensamiento crítico y transformador en el Instituto de Estudios Regionales

Vladimir Montoya Arango¹

Eulalia Hernández Ciro²

¹ Profesor titular de la Universidad de Antioquia, director del Instituto de Estudios Regionales, doctor en Antropología Social y Cultural.

² Coordinadora de investigación del Instituto de Estudios Regionales, doctora en Historia.

A la universidad y a las ciencias sociales y humanas les corresponde hoy hacer escuchar su voz en medio de metrallas y sangre derramada, hasta que se entienda que su palabra no es de guerra ni amenaza el bien público. Esta voz es una de las llamadas a explicar y proponer alternativas de salida, mediante posturas que la saquen del claustro y la ubiquen en el papel del tercero ante los acontecimientos.
(Hernán Henao Delgado, 2004, p. 126)

1. La ciencia social y la Universidad en un país en conflicto armado

1989 fue un año de rupturas, cambios y transformaciones planetarias. Incluso, ha sido catalogado por el historiador Eric Hobsbawm como el hito temporal que marca el final del «corto siglo xx», comprendido en el mundo occidental entre el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914 y la caída del muro de Berlín. En el caso colombiano, 1989 también es recordado como un parteaguas que encarnó uno de los peores momentos de la historia reciente del país, marcado por masacres, carros bomba, atentados terroristas, desplazamientos forzados, crímenes selectivos y asesinatos de dirigentes políticos, magistrados, jueces, gobernadores y policías. Un cruel año de la guerra entre carteles de la droga, paramilitares, guerrilla y fuerza pública que puso en evidencia cómo el narcotráfico había permeado a distintas esferas del poder público y a otros sectores de la sociedad.

Esta guerra no solo afectó las ciudades, selvas y montañas del país, sino que impactó, de diversas maneras, a la universidad colombiana, lo que llevó a múltiples afectaciones que no solo la hicieron víctima del conflicto armado, sino que también implicaron replantear su *lugar* en la sociedad. Fue así como la maestra María Teresa Uribe de Hincapié, una de las fundadoras del Instituto de Estudios Regionales –INER–, planteó una aguda reflexión sobre la investigación social en tiempos de guerra:

Esta visión que de alguna manera sitúa a los investigadores sociales como víctimas inocentes de un conflicto ajeno, o como chivos expiatorios de la brutalidad de una guerra cuyos actores no están dispuestos a dejarse interpelar por la ciencia y menos por la ética, puede resultar consoladora y en cierta medida cómoda, porque con ella podría estarse justificando la inacción, el abandono de algunos temas prioritarios, la contribución al ocultamiento de realidades sobre las cuales supuestamente no se puede hablar ni preguntar pero sobre todo se estaría soslayando de una revisión crítica y ética sobre su quehacer. (Uribe, 2002, p. 3)

Y fue precisamente de la inquietud reflexiva y la inconformidad por el quehacer de la investigación social durante los complejos y convulsionados años de la segunda mitad de la década de 1980, de donde surgió el INER. Desde 1985, un grupo de profesores y profesoras del área de Ciencias Sociales y Humanas sentían que la Universidad permanecía atónita y perpleja ante un conflicto armado creciente y desolador, por lo cual comenzaron a idear un espacio interdisciplinario para la investigación y el conocimiento regional, donde las geografías, las comunidades y los territorios fueran protagonistas de la producción de conocimiento y no solo un telón de fondo o un simple almacén de datos. Como lo refiere Lucelly Villegas: «El Iner es la concreción de un sueño gestado desde 1985 por un grupo de profesores de las Ciencias Sociales entre los cuales se destacaron María Teresa Uribe, Jesús María Álvarez, Hernán Henao Delgado, Víctor Álvarez, Francisco Gómez, Manuel

Restrepo y Beatriz Patiño» (Villegas, s. f., p. 1).

A la par de dichas inquietudes reflexivas, la Universidad de Antioquia se estaba reestructurando en la década de 1980, buscando crear espacios autónomos y flexibles que favorecieran la consolidación de la investigación en los ejes misionales de la Universidad, para lo cual eran propicios centros de investigación que respondieran a las demandas sociales y que contribuyeran a la adecuada formulación de políticas nacionales y regionales (Villegas, 2006). Fue en ese proceso de reestructuración que, mediante el Acuerdo Superior 119 del 14 de abril de 1989, se constituyó el Instituto de Estudios Regionales –INER– como «una unidad autónoma, con responsabilidades de docencia, investigación y extensión, en el campo específico de la realidad regional, con un abordaje interdisciplinario». Uno de los considerandos que fundamenta dicho acuerdo señala lo siguiente: «Que es una necesidad de las entidades estatales y de los procesos económicos, sociales y culturales del país y de Antioquia, el conocimiento más certero de su propia realidad regional para la adecuada formulación de políticas en diversos campos». Este considerando se convirtió desde entonces en un componente sustantivo del quehacer investigativo y sello del INER: la búsqueda constante de comprensión de las realidades regionales con el ánimo de incidir en su transformación desde el conocimiento producido.

Pero no solo la comprensión de las realidades regionales incitó un horizonte epistemológico retador para el naciente Instituto, sino que además se situó en una discusión de punta en aquel entonces: la interdisciplinariedad y la apertura a diálogos que posibilitarían producción de conocimientos en permanente interlocución con los territorios en los que acontece la investigación social. La interdisciplinariedad se declaró como principio integral del quehacer investigativo del INER y, aunque parecía esquivada y muchas veces refractaria para ciertas tradiciones académicas y estructuras clásicas de nuestras universi-

dades, acostumbradas a una cierta incontable hegemonía de las disciplinas, el INER encontró en ella un potente aliciente para el debate teórico constante y para la duda como posibilidad de aprendizaje, además se hizo argumento para la exploración de las fronteras epistemológicas de las ciencias sociales y humanas.

También el surgimiento del INER expresó la voluntad de crear un espacio idóneo para la interacción entre formación, investigación y extensión, lo cual quedó expresado en el Acuerdo Superior de creación cuando afirma: «Adelantar programas de formación avanzada y de educación continuada, articulados al desarrollo de la investigación». Con certeza, este objetivo cimentó la búsqueda permanente de la articulación entre docencia e investigación, haciendo del INER una escuela de pensamiento, vivaz y dinámica en la capacidad de atraer a sus procesos de formación a un profesorado y un estudiantado diverso. Investigación formativa y formación investigativa se fueron haciendo una dupla indisociable, demostrando que la investigación y la docencia dialogan y se aportan mutuamente, y poniendo de manifiesto que en sus debates se renuevan nuestras ciencias sociales y humanas, animados por los aprendizajes sobre los vínculos entre los lugares, los paisajes y las geografías del conocimiento, así como por los diálogos efectivos con las comunidades en sus territorios en los que se reconocen y valoran sus saberes, experiencias y memorias.

Para el INER, replantear las metodologías de las ciencias sociales y humanas fue otro de los asuntos claves, por lo que fueron emergiendo herramientas para el diálogo de saberes, como la cartografía social. Recordando las investigaciones iniciadas en el Oriente antioqueño desde 1984, el profesor Hernán Henao Delgado decía que la experiencia de los talleres con amplia participación ciudadana dejaba enseñanzas valiosas no solo para los pobladores, sino también para los investigadores, resaltando el taller «Pueblo vivido,

pueblo deseado, pueblo posible», anotaba:

La propuesta de trabajo que se hace consiste, primero, en elaborar un mapa de la localidad (cabecera y ruralidad), que se va llenando de hitos naturales y culturales a partir de la imagen mental que tiene y plantea cada poblador (hemos experimentado también el trabajo colectivo y es igualmente creador). Además del dibujo, hay una narración que suple las insuficiencias del trabajo manual (la educación colombiana no enseña geografía viva del territorio propio, de los espacios significados para el poblador cotidiano). (Henao, 2004, pp. 113-114)

Y, sobre esa misma experiencia, continúa relatando Hernán:

Como complemento al taller, encontramos otra fuente nutricia de participación ciudadana y convergencia en afectos y deseos comunes a través de foros de la cultura en los que compartimos material fotográfico tomado previamente sobre cada localidad. Impresiona el goce de ver la casa del vecino, la calle principal, el parque de todas las mañanas, la tienda de don fulano, la escena de juego de niñas en la placa del liceo, la fachada del hospital, la torre de la iglesia, la sonrisa del personaje del pueblo. Aquí se tiene un camino complementario para ver lo nunca visto, las necesidades sentidas pero nunca pensadas. Se tiene también ocasión para darle dimensión humana al contradictor permanente, al usurero, al gamonal, al párroco emprendedor, al maestro polemista, al otro. Se logra incluso que descendan de la torre de marfil los



intocables que aparecen en todo lugar. Se alcanza a verbalizar el conflicto, punto de partida para empezar a resolverlo. (Henao, 2004, p. 115)

2. Pensamiento crítico sobre el espacio

Desde sus inicios el Instituto incorporó, como parte importante de sus trabajos de investigación, la problematización de los procesos de configuración del espacio, con particular énfasis en la conceptualización de la categoría espacial denominada: «región», para la cual se propuso trascender de su caracterización como unidad jurídico administrativa con el fin de asumirla como una categoría de análisis espacial compleja. Esto quedó reflejado en dos de los objetivos básicos del Programa de Investigación inicial del INER: «Establecer líneas metodológicas y elaborar las generalizaciones teóricas que permitan abordar interdisciplinaria y rigurosamente el concepto región» y, «desarrollar investigaciones a partir de problemas concretos de la región» (Acuerdo Superior 119, 1989, p. 4). Paulatinamente, se fueron produciendo reflexiones críticas sobre el concepto de región, así como de otras categorías espaciales, tales como frontera, localidad, límite, paisaje, entre otras. Fue así como una tarea temprana de investigación del Instituto, en el marco de las entonces recién creadas corporaciones autónomas regionales, fue la realización de una serie de estudios monográficos de municipios de la jurisdicción de la Corporación Autónoma Regional de las cuencas de los ríos Negro y Nare—Cornare—, realizados en la década de 1990.

A la par de los avances en investigación

sobre las categorías espaciales, empezaron a elaborarse varios módulos pedagógicos que sirvieron como base para los cursos de la especialización en Teorías, Métodos y Técnicas de Investigación Social creada en 1996, la cual aún sigue vigente y ha ofrecido cohortes en Medellín, Oriente, Bajo Cauca y Urabá. Con la creación de aquel primer programa de posgrado, el INER abrió un camino de formación de investigadores fundamentado en la interdisciplinariedad y la interacción entre la investigación, la extensión y la docencia universitaria. Como uno de los aportes de aquel proceso, resaltan los denominados «estudios de localidades», con el liderazgo de Hernán Henao Delgado y Lucelly Villegas Villegas, quienes generaron una metodología de investigación que fue llevada a un módulo de formación de la especialización, en el cual se sistematizó la experiencia de una década de investigaciones en municipios de Antioquia y se propuso una metodología aplicable para la elaboración de monografías de los demás municipios colombianos, integrando diversos debates conceptuales, métodos y técnicas de las ciencias sociales (Henao y Villegas, 2002).

El hito más importante del desarrollo del pensamiento crítico en el INER sobre la espacialidad lo constituye el proceso de creación de la maestría en Estudios Socioespaciales, el cual concitó a los distintos grupos de investigación, profesores e investigadores a reflexionar sobre la trayectoria del Instituto en sus investigaciones regionales y a revisar las categorías analíticas y las metodologías empleadas hasta entonces. Los debates argumentados caracterizan aquel proceso de profundas implicaciones para la formación de futuros investigadores de posgrado, por lo cual se hicieron estudios rigurosos en los que fundamentar el sentido y propósito de la nascente maestría, empezando por la definición de su nombre, el cual tuvo como alternativas «estudios territoriales», «estudios regionales», «espacio y sociedad» y, finalmente, «estudios socioespaciales». A este respecto señalan Pia-

zzini y Montoya (2008):

¿Por qué no remitirse a algunos de estos campos, en lugar de esforzarse en la definición de uno nuevo? La respuesta, en breve, estaba en que nuestra iniciativa reconocía en lo espacial un referente con tal grado de precedencia epistemológica e importancia política, que no podía ser circunscrito a perspectivas centradas en lo instrumental o disciplinar, sin que perdiera su potencia para producir pensamiento crítico e integral sobre las relaciones entre el espacio y la sociedad. (p. 8)

Aquellos debates fecundos académicamente arrancaron en 2004 y se alentaron hasta 2007, cuando se creó formalmente la maestría en Estudios Socioespaciales y se dio inicio a su primera cohorte. En el 2004 se realizó el Seminario Internacional (Des) territorialidades y (No) lugares, que buscó:

Poner simultáneamente en duda dos pares de oposición referidos a nociones que se han vuelto lugares comunes en la literatura social de las últimas décadas. Ideas de territorio y lugar anteceditas por prefijos que denotan negación o deconstrucción, los cuales, no obstante, hemos puesto entre paréntesis, para extender el debate, desde los conceptos positivos, también hacia la negación de los mismos. En última instancia, este juego de palabras quiere desnaturalizar tanto las ideas de territorio y lugar como su negación por parte de tesis que pretenden de forma implícita o explícita dar a entender la muerte o paulatina desaparición de los territorios y los lugares en los tiempos de globalización. (Herrera y Piazzini, 2006, p. 7)

La invitación a dicho seminario de pares académicos de diversos lugares permitió problematizar con ellos las localizaciones geopolíticas de sus ejercicios intelectuales y reflexionar críticamente acerca de sus lugares de enunciación, lo cual quedó como una semilla para explorar en lo sucesivo los conceptos de *pensamiento situado* y, más tarde,

geografías del conocimiento, los cuales componen el andamiaje del actual programa de investigación sobre las *geopolíticas del conocimiento*:

Pero si aceptáramos que las espacialidades, esto es, las formas de producción social del espacio, afectan de alguna manera el pensamiento mismo, entonces debemos reconocer que diferentes lugares de enunciación con diferentes localizaciones geopolíticas, poseen diferentes matices y contenidos. Pero esa localización no corresponde ya a aquella de unos lugares epistémicamente privilegiados desde donde se produce conocimiento y autoridad, por contraste con otros desde los que se producen datos y se convalidan tesis globales mediante estudios de caso. Aquí, estudiosos europeos, norteamericanos y latinoamericanos tratan de reflexionar sobre temas que, entre sus múltiples implicaciones, conducen a establecer los límites de los mapas geopolíticos de la modernidad y a hacer visibles otras geografías de producción de conocimiento. (Herrera y Piazzini, 2006, p. 8)

Aquellas reflexiones se profundizaron en el año 2007, en el marco del evento inaugural de la primera cohorte de la maestría, donde se apuntaló de forma precisa el carácter transdisciplinar y la ruptura epistemológica propia del INER, lo cual quedó reflejado en el «Seminario internacional geopolítica, espacios de poder y el poder de los espacio», en el cual se planteó:

La maestría, hay que decirlo, es única en su género, dada su adscripción temática no disciplinar a problemáticas relacionadas con el espacio desde una perspectiva social. Confluyen aquí las elaboraciones discursivas de la geografía, la historia, la antropología, la arqueología, la sociología, la psicología, la política, la literatura, la arquitectura, la filosofía y las artes, para conformar un horizonte de producción de pensamiento social, calificado por el ejercicio de la crítica, la pluralidad teórica y la transdisciplinariedad. (Piazzini y Montoya, 2008, p. 7)

La trayectoria del pensamiento espacial crítico en el INER condujo en los últimos años a la creación del doctorado en Estudios Socioespaciales, en un proceso académico riguroso en el que se recogieron dos décadas y media de los aprendizajes conceptuales y metodológicos desarrollados por el Instituto. Al respecto de la creación del doctorado en Estudios Socioespaciales, auspiciada desde 2015 por la Dirección del INER como iniciativa para ampliar la oferta de posgrados y consumir la trayectoria de pensamiento espacial crítico y el bagaje investigativo del Instituto, se reflexiona en el documento maestro de creación sobre su condición no disciplinar y su característica de campo de conocimiento que articula elaboraciones teóricas y metodológicas de proveniencias diversas, habilitando exploraciones en las fronteras de las ciencias sociales y las humanidades. Según esto, se postula que:

Los estudios socioespaciales demarcan discontinuidades respecto de concepciones del espacio que se han centrado en su carácter de entidad natural o dada, en su condición de extensión cartesiana o de soporte, contenedor o escenario biofísico sobre el cual se desenvuelven las dinámicas sociales. Pero también, frente a aquellas otras posturas que han considerado el espacio como simple re-presentación simbólica, o como mero reflejo de estructuras y prácticas económicas, políticas y culturales, de las cuales sería apenas un epifenómeno. Por el contrario, se parte de concebir el espacio como producto concreto de procesos geohistóricos, a la vez que factor dinámico en la conformación de las realidades sociales y ambientales. (INER, 2019, p. 8)

Al tenor de los debates sobre la producción social del espacio, surgieron dos grupos de investigación que reflexionaron sobre la producción de espacialidades en el ámbito de las artes y el patrimonio y en el de la salud y el bienestar, los cuales se denominaron: «Rituales y construcción de identidad» y «Recursos Estratégicos, Región y Dinámicas Socioambientales», fundados a inicios de este siglo. El Grupo Redsa, por ejemplo, aplicó el pensamiento espacial crítico a temas cruciales de la vida en sociedad, como la participación social en salud y la pobreza, proponiendo reflexiones como esta:

La pobreza, además de ser multidimensional, también es de naturaleza espacial. Es decir, el espacio importa y la expresión territorial de la pobreza lo confirma, por cuanto la disposición de los elementos (municipios) en el espacio presenta correlaciones espaciales. Ahora bien, dada la limitación de los indicadores disponibles para captar la pobreza desde una perspectiva socioespacial, es imprescindible continuar con la discusión teórica

en la construcción de indicadores más robustos que consigan recoger los sentimientos de lugar en cada territorio. (Muñetón, 2014, p. 44)

3. Los itinerarios sobre las violencias, la guerra y la paz

La violencia así vista es una agresión a la cultura, razón por la que ésta se ve obligada a reconocerla, entenderla y superarla, pero no a aceptarla como consustancial a su naturaleza propia (Hernán Henao Delgado, 2004, p. 119).

Lastimosamente, la guerra y sus violencias no solo han sido objeto de estudio para el INER y para nuestra Universidad, sino que han dejado una estela dolorosa de victimizaciones y duelos que no terminan, vejaciones, ultrajes y coacciones que se han ensañado contra la comunidad universitaria, constriñendo nuestra autonomía y atacando el pensamiento crítico y la libertad de cátedra. El INER fue también víctima de la irracionalidad y el sinsentido de la guerra fratricida de nuestro país el 4 de mayo de 1999, cuando fue asesinado en su oficina el director Hernán Henao Delgado, por lo que insistimos en hacer memoria de su «franca sonrisa», su magnánimo espíritu universitario, su tozuda voluntad de paz y su incansable convicción de que la educación constituye el motor de la transformación social. El asesinato del profesor Hernán advirtió al INER la necesidad de defender el valor público de la educación y, allende las implicaciones luctuosas de su irreparable pérdida, instaló de forma definitiva la voluntad de contribuir desde el quehacer académico a la lucha creativa, democrática y esperanzada, por un futuro posible sin conflicto armado. Nuestra Universidad es territorio de paz y mantiene viva la búsqueda de la verdad, el perdón y la reconciliación.

El conflicto armado marcó las dinámicas de la Universidad y de la sociedad colombiana en la década de 1980 cuando dio a luz el proyecto colectivo del INER; por lo cual, los estudios regionales, que eran el principal objetivo fundacional del Instituto, no pudieron desligarse de él. Desde los inicios del INER hasta la actualidad podemos afirmar que los interrogantes académicos han estado atravesados por las violencias, la guerra y la búsqueda de la paz. Así lo muestran dos de nuestras reconocidas investigadoras:

Clara Inés García fue trazando un rumbo de reflexión que se desmarcaba de aproximaciones tradicionales a las regiones como algo dado, arraigado y homogéneo, para destacar la heterogeneidad de sus actores y la confluencia de múltiples territorialidades: históricas, de la guerra y de los movimientos sociales (García, 1994). Así mismo, enfatizaba en el carácter “construido” de la región, como concepto y como “representación” de los actores internos y externos (García, 2003a). Estas aproximaciones se articulaban críticamente a los estudios regionales de la violencia y el conflicto armado en Colombia (García, 2004), aportando a las agendas de investigación de otros centros, en especial del CINEP, para constituir una dinámica muy activa de estudios sobre las geografías de la guerra. (García y Aramburo, 2011).

Sin duda, los trabajos en este campo en la región del Urabá antioqueño iniciados por María Teresa Uribe y Hernán Henao marcaron el hito fundacional de una línea de investigación sobre la violencia y el conflicto armado,

que fue continuada con los trabajos de Clara Inés García y Clara Inés Aramburo, que aún hoy se mantiene como un prolífico campo de trabajo del Instituto. Tempranamente las investigaciones lograron advertir intereses que iban más allá de escudriñar el conflicto armado y sus efectos, tal y como se deja ver en la manera como Clara García abrió el texto «Urabá: políticas de paz y dinámicas de guerra», publicado en 1997 en la revista *Estudios Políticos*:

El interés que motiva estas reflexiones es la paz, cómo construirla en el país, cómo construirla en las regiones. Indudablemente es el tema más complejo al que se ha visto abocada la sociedad colombiana en los últimos años y, precisamente por esto, tiene múltiples ángulos para pensarlo. En este trabajo me propongo hacerlo desde la observación y el análisis del comportamiento del conflicto en las principales coyunturas a las que ha estado asociada la política de paz en la región de Urabá. (p. 138)

Si bien el conflicto armado se convirtió en un elemento determinante de la conceptualización de *región*, otra característica importante devino de la aplicación de un enfoque antropológico, que se preguntaba por la cultura, por las afectaciones cotidianas, por los cuerpos y las subjetividades. Son muestra de ello, entre otros, los trabajos de Hernán Henao Delgado a propósito del destierro y el desplazamiento forzado, en los que se preguntaba por los sujetos que sufrían este fenómeno y afirmaba: «Pero el desplazado es algo más: es habitante de un territorio que deja de pertenecerle en

virtud de una voluntad externa; por ello termina siendo un habitante sin habitación, un terrícola sin tierra, un poblador sin pueblo» (Henao, 2004, p. 206).

Próxima a las preguntas por el destierro y desplazamiento forzado, otra línea de investigación fue la desarrollada desde la década del 2000 por la profesora Elsa Blair y su Grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio —que en sus inicios se llamó Sociedad y Conflicto—; la cual partió de la exploración de la relación cuerpo y violencia y fue consolidando una apuesta analítica, desde la antropología política y la sociología, de los impactos de la violencia en los cuerpos, en temas tan diversos como el dolor, la crueldad, el daño, el sufrimiento y el duelo. Surgieron así exploraciones de la relación entre violencia y cultura, además de una importante veta analítica sobre género y violencia, que apareció expresada en la investigación *Mujeres en tiempos de guerra: una mirada a lo femenino en el contexto de los grupos armados colombianos*, realizada a inicios de la década del 2000, la cual desarrolló una metodología etnográfica con mujeres excombatientes de diversos grupos armados colombianos, en la que se propuso la concepción de la guerra como construcción cultural. También, de estas reflexiones y trabajos de investigación relacionadas con las mujeres y la guerra, surgió el Grupo de Investigación Género, Subjetividad y Sociedad, que convocó a profesoras de las facultades de Artes y de Ciencias Sociales y Humanas que se unieron a las investigadoras del INER para abrir una valiosa ruta de investigación en las geografías de género, la cual permeó de manera importante los intereses analíticos y líneas de investigación de la maestría en Estudios Socioespaciales.

En 1999, transcurridos diez años desde la creación del INER, los impactos del conflicto armado en la ciudad de Medellín y en Antioquia, así como las secuelas de la violencia asociadas a él, hicieron de este un tema de gran interés y pertinencia académica; lo cual

llevó a la creación del Grupo de Investigación Interdisciplinario sobre Conflictos y Violencias, del que participaron investigadores de las facultades de Derecho, Comunicaciones y Ciencias Sociales y Humanas, quienes produjeron el libro titulado: *Balance de los Estudios sobre violencia en Antioquia*, el cual se constituyó en un referente de consulta importante, a propósito del cual afirma la maestra María Teresa Uribe de Hincapié:

Este excelente balance deja mojonos bien puestos sobre lo que, a juicio del grupo, habría que hacer hacia el futuro en el campo de los estudios sobre violencia en Antioquia: fortalecer las investigaciones, tanto en sus dimensiones teóricas como metodológicas; propender por el trabajo interdisciplinario y por la formación de grupos de investigación; propiciar diálogo y debate entre los interesados en el tema; compartir resultados y enfoques y acceder a la producción internacional sobre el tema. (Uribe, 2001, pp. 429-430)

En el 2005, a raíz de los debates propios del proceso de creación de la maestría en Estudios Socioespaciales, los estudios de la violencia y el conflicto se vieron problematizados desde el pensamiento del tiempo y del espacio, dando lugar a la aparición de cuestiones tan interesantes como las de memorias, narrativas y testimonios. Aquellos debates se conectaron con las realidades políticas de aquel entonces en el país, como fue la aprobación de la Ley de Justicia y Paz, fomentando la problematización de las metodologías para la reconstrucción de memoria histórica y poniendo acentos críticos en el papel de las universidades en dicho proceso. Estas cuestiones fueron insumo en el INER para otros de los hitos en el estudio del conflicto armado: la participación en el Observatorio Colombiano para el Desarrollo Integral, la Convivencia Ciudadana y el Fortalecimiento Institucional –Odecofi–, donde se reunieron destacados grupos de investigación del país que buscaban explorar la dimensión espacial

de la violencia, el desarrollo y el poder político. El equipo del INER, representado por Clara Inés García, Clara Inés Aramburo y otros investigadores, realizó una investigación que se enfocó en el análisis escalar de las implicaciones del conflicto armado en la configuración de las regiones de Urabá y Oriente en Antioquia. Uno de los principales productos fue el libro *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*, en el que se expone la categoría analítica de «órdenes locales», la cual constituyó un gran aporte teórico al campo de investigación sobre el conflicto armado en Colombia, ya que propone un cambio en la escala de observación y advierte la necesidad de complementar el estudio de los procesos regionales con la atención detallada de las dinámicas locales, la diversidad étnica y cultural y los condicionantes territoriales específicos. Según Fernán González, quien lideró desde el Cinep el laboratorio de investigación Odecofi, en la investigación desarrollada por el INER en Urabá y Oriente antioqueño:

El énfasis se pone en la interacción y los condicionamientos mutuos entre los procesos económicos, sociales y políticos y sus formas espaciales, que dan por resultado una configuración o reconfiguración de una región en un momento dado. La obra analiza la manera como el conflicto armado ha desencadenado nuevos procesos sociales, que modifican las posiciones previas de los actores; por eso presta atención a las respuestas de los actores

regionales frente a los efectos de la guerra. (González, 2011, p. 13)

En los últimos años, el horizonte del proceso de paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP abrió nuevas oportunidades y retos para el Iner, relacionadas con los largos años de estudio del conflicto armado que, en el nuevo contexto, ponen de relieve los conocimientos acumulados y las oportunidades para poder dialogar con los excombatientes y las comunidades locales. Además, abrió las posibilidades de adentrarse en un campo teórico inédito en el país (por la obvia inexistencia anterior de las condiciones que lo crean): las *geografías de la paz*. Acerca de esto, Vladimir Montoya (2017) ha insistido en que la guerra en Colombia nos ha legado un ordenamiento territorial inequitativo que es proclive a la profundización de las contradicciones entre la vida, el bienestar y el crecimiento económico, lo cual favorece la perpetuación del conflicto social y político y bloquea las emergentes condiciones de la paz, por lo cual:

Construir la paz en los territorios requerirá de grandes acuerdos colectivos que transformen democrática y participativamente las estructuras esenciales del ordenamiento territorial, esto es, la tenencia de la tierra, la destinación del suelo y el agua y la conservación ambiental. Se trata, en este caso, de comprender que para que se territorialice la paz, hay que generar compromisos éticos y voluntad política consistentes con la historia, la memoria y los horizontes de vida de las comunidades locales, al tiempo que se recomponen los principios democráticos

del ordenamiento territorial para que se conviertan en factores habilitantes de la coexistencia pacífica de aquellas territorialidades subalternizadas históricamente (campesinas, indígenas, afrodescendientes), con las territorialidades de los grandes emprendimientos económicos o, por lo menos, para que los conflictos derivados de las tensiones entre dichas territorialidades no se diriman por la violencia. Si estas condiciones no se dan, la guerra será una realidad continua y la paz un horizonte esquivo que no podremos alcanzar. (Montoya, 2017, pp. 113-114)

La mirada retrospectiva a las tres décadas transcurridas desde la creación del INER nos conecta con la materialización del sueño de profesoras y profesores visionarias y comprometidas que fueron capaces de advertir, en una época convulsionada y compleja, que sin la comprensión de nuestras realidades regionales, de nuestras geografías, nuestras comunidades y sus territorios, íbamos dando tumbos, desorientados en una academia que no lograba conectarse con la sociedad de la que emerge y a la que se debe. Con actitud comprometida y ética como principio rector, en el INER se ha consolidado un talante característico en los procesos de formación para la producción de nuevo conocimiento: la interrogación, la duda y el análisis, acompañados de la certeza de que no es posible —ni deseable— el conocimiento acabado e inamovible, sino que, por el contrario, es solo posible el conocimiento incompleto e imperfecto que, por lo tanto, es siempre potente motor de nuevas búsquedas. El regreso a las memorias del INER no es únicamente el relato de evoluciones conceptuales y tareas académicas, es además el encuentro con múltiples recuerdos de un espacio universitario lleno de sensibilidades, emocionalidades y trabajo intelectual, que siempre ha estado guiado por el compromiso con lo público para la producción de conocimiento pertinente y orientado por la convicción de que es posible y nece-

sario para una sociedad en paz aprender de los demás con desprendimiento, humildad y entrega. Ese es el INER que somos hoy y que nos esmeramos en mantener...

Referencias

- Acuerdo Superior 119. Abril 14 de 1989. *Por el cual se crea el Instituto de Estudios Regionales (INER)*. Universidad de Antioquia.
- Blair, E. (2012). *Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una sociología de la ciencia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- De la Torre, C. I. y Aramburo, C. I. (2011). *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia*. Medellín: Códice Ltda.
- García, C. I. y Aramburo, C. I. (2009). *Universos socio espaciales. Procedencias y destinos*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- García, C. I. (1997). Urabá: políticas de paz y dinámicas de guerra. *Estudios Políticos*, (10), pp. 138-149. Recuperado de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudios-politicos/article/view/16150>
- García, C. I. (2003). *Fronteras: Territorios y Metáforas*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- González, F. (2011). Introducción general. El espacio y el tiempo en los conflictos del Oriente y Urabá Antioqueños. En C. I. de la Torre y C. I. Aramburo, *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia* (pp. 13-33). Medellín: Códice Ltda.
- Henao, H. y Villegas, L. (2002). *Estudios de localidades*. Bogotá: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior [Icfes].
- Henao, H. (1994). *Perspectivas ambientales urbanas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Henao, H. (2004). *Familia, conflicto, territorio y cultura*. Medellín: Corporación Región-e Instituto de Estudios Regionales [INER].
- Herrera, D. y Piazzini, C. E. (2006). *(Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*. Medellín: La Carreta.
- Instituto de Estudios Regionales [INER]. (Julio de 2019). *Documento Maestro Doctorado en Estudios Socioespaciales*. Medellín: Universidad de Antioquia-Dirección de Posgrado-Instituto de Estudios Regionales [INER].
- Montoya, V. (2017). ¿Cómo ordenar y gestionar los territorios sin la guerra en Colombia? Hacia una imaginación geográfica de la paz. En S. Alvarado, E. Rueda y G. Orozco, *Las ciencias sociales en sus desplazamientos. Nuevas epistemes y nuevos desafíos*. Buenos Aires: Clacso.
- Muñetón, G. y Vanegas, J. G. (2014). Análisis espacial de la pobreza en Antioquia, Colombia. *Equidad & Desarrollo*, (21), pp. 29-47.
- Piazzini, C. E. y Montoya V. (edit.). (2008). *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Medellín: La Carreta.
- Uribe, M. T. (2001). Comentarios al "Balance síntesis" de los estudios sobre violencia en Antioquia. En P. Angarita Cañas (edit.), *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia* (pp. 423-430). Medellín: Universidad de Antioquia-Instituto de Estudios Regionales [INER].
- Uribe, M. T. (2002). La investigación social en tiempos de guerra. *Utopía Siglo XXI* (Medellín), 2(8), pp. 13-22.
- Villegas, L. (2006). El INER: su aporte a la investigación. En *La Investigación Social y Económica en la Región y en Colombia* [Documentos Especiales CIDSE, n.º 3] (pp. 30-37). Cali: Universidad del Valle.
- Villegas, L. (s. f.). Instituto de Estudios Regionales. Una mirada a las realidades de las

regiones. En *Memoria. Universidad de Antioquia: presencia y testigo Medellín*: Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://www.udea.edu.co/wps/wcm/connect/udea/0a11a86d-ee29-4220-978e-c7ee5286519a/instituto-estudios-regionales-mirada-realidades-regiones-ciencia.pdf?MOD=AJPERES&CVID=kR3Daed>

Desde sus inicios el Instituto incorporó, como parte importante de sus trabajos de investigación, la problematización de los procesos de configuración del espacio, con particular énfasis en la conceptualización de la categoría espacial denominada: «región», para la cual se propuso trascender de su caracterización como unidad jurídico administrativa con el fin de asumirla como una categoría de análisis espacial compleja.